

Rojo Cobalto: un relato regresivo y profundamente erróneo sobre la industria minera del Congo

Por: Sarah Katz-Lavigne, Espérant Mwishamali Lukobo. 09/08/2023

Aunque presentado como un reportaje, el libro *Rojo Cobalto* se limita a repetir viejos estereotipos blancos y percepciones coloniales de la República Democrática del Congo

El libro [*Rojo Cobalto: cómo la sangre del Congo sostiene nuestras vidas*](#), escrito por Siddharth Kara, ha causado sensación. Publicado en abril y dirigido a un público no especializado, se ha convertido rápidamente en un bestseller del *New York Times* y del *Publishers Weekly*, así como en un superventas en la categoría de Política Africana en Amazon.

El libro se centra en el mineral cobalto, actualmente codiciado en todo el mundo para la fabricación de baterías de alta gama. Más del 70% del suministro mundial procede de la República Democrática del Congo (RDC). El proyecto de Kara, dice, es sacar a la luz los sucios secretos del comercio del cobalto, para que todos los veamos.

Desgraciadamente, al hacerlo, Kara ha incurrido en sus propias prácticas desagradables. Este libro puede enseñarnos tanto sobre cómo no escribir un libro crítico sobre la “esclavitud moderna” en África como sobre la industria minera artesanal. El uso indulgente de una retórica deshumanizadora, la falta de ética en la investigación y la ignorancia o supresión de los conocimientos locales socavan en todo momento la supuesta misión de Kara.

Rojo Cobalto no es una explicación innovadora, como se ha anunciado. Es el último de una larga serie de libros de aventuras de salvadores blancos de los que la RDC podría prescindir.

Una mirada colonial

La mentalidad colonial de *Rojo Cobalto* constituye una lectura inquietante. Aunque

Kara identifica con precisión muchos de los problemas y actores en juego, simplifica en gran medida el análisis entre víctimas y villanos. Los mineros congoleños son retratados como indefensos y sufrientes, mientras que la mayoría de los demás personajes poseen un carácter generalmente malévolo.

La constante descripción que hace Kara de los congoleños como víctimas no concuerda con su énfasis en la importancia de las vidas de los congoleños. Reproduce la deshumanización que denuncia, refiriéndose, por ejemplo, a la “existencia infrahumana” de los mineros, o a cómo “hurgaban” en los minerales sobrantes “como pájaros hurgando en los huesos”. O su descripción de una mujer, llamada Jolie:

La tristeza oprimía con fuerza su cuerpo esbelto. Tenía los ojos muy abiertos, hundidos en el fondo de la cara. Los huesos de sus muñecas parecían sobresalir por encima de la carne. Apretaba los dientes como un esqueleto. La piel de su cuello tenía estrías que parecían surcos. Respiraba con una cadencia áspera, pero la voz que emergía recordaba en cierto modo al suave canto de un ruiseñor.

Sus intentos exagerados de evocar una respuesta emocional recuerdan a los escritos sobre África de hace décadas. Como hizo Joseph Conrad con [*El corazón de las tinieblas*](#), refuerza la dinámica colonial incluso cuando pretende llamar la atención sobre ella. Esta forma de narrativa, como [explica](#) Arundhati Roy, comete el mismo pecado que condena:

Los informes de asistencia humanitaria apolíticos (y por tanto, en realidad, extremadamente políticos) sobre los países pobres y las zonas en guerra acaban por hacer que los (oscuros) habitantes de esos (oscuros) países parezcan víctimas patológicas. Otro indio desnutrido, otro etíope hambriento, otro campo de refugiados afgano, otro sudanés mutilado... necesitados de la ayuda del hombre blanco. Sin darse cuenta, refuerzan los estereotipos racistas y reafirman los logros, las comodidades y la compasión (el amor duro) de la civilización occidental. Son los misioneros laicos del mundo moderno.

Esta es una acertada descripción de la mirada blanca y colonial del libro de Kara.

Poco importa que el propio Kara no sea blanco: las personas de color también pueden adoptar esta mentalidad. Su libro reconoce las continuidades entre la moderna industria minera de la RDC y el colonialismo, pero no ve cómo la patologización de los africanos fue también una herramienta de los colonos.

El Occidente superior

La mirada del forastero no es más evidente en ninguna parte sino cuando Kara hace comparaciones simplistas entre “nuestras naciones generalmente seguras y satisfechas” en Occidente y los congoleños de la RDC. Describe el país como un lugar que no existe en la era moderna.

Observa, por ejemplo, que “la gente de otro mundo se despertaba y consultaba sus smartphones. Ninguno de los mineros artesanales que conocí en Kipushi había visto nunca uno”. Es un pasaje que huele a hipérbole. Los teléfonos móviles no son difíciles de encontrar en la RDC, y la idea de que muchos mineros nunca se han topado con uno no parece verosímil. Alguien con más conocimientos y experiencia locales que Kara sabría que algunos mineros artesanales pueden invertir y de hecho invierten en teléfonos móviles. Los que no, casi seguro que los han visto por ahí. Pero pocos tomarían la imprudente decisión de llevar uno a la mina.

Éste es sólo un ejemplo de la incapacidad de Kara para comprender la vida de los mineros artesanales, incluidas las [mujeres](#), y para reconocer que los mineros tienen vidas [más allá del yacimiento](#). La gente de esta región no sólo sufre hasta que muere. También viven y experimentan alegrías, y [las investigaciones](#) que demuestran la adaptabilidad de los mineros artesanales informales contradicen directamente la manida imagen de los trabajadores africanos como víctimas pasivas y estáticas.

Cobalto Rojo niega a los congoleños la capacidad de forjar su propio futuro.

Kara pasa por alto (o ignora) todo esto porque está empeñado en retratar la RDC como un mundo inmutable y sufriente fuera del tiempo. A continuación, inyecta esteroides a esa narrativa tratando de escribir una llamada a las armas. El resultado, tal como lo [describió](#) el New York Times, es un libro que “adopta la forma de una justa búsqueda para denunciar la injusticia a través de una serie de viñetas de

explotación y miseria”.

Esto describe bien la estrategia narrativa y política de Kara: redoblar el dolor; no dejar entrar la luz. El sufrimiento en *Rojo Cobalto* es implacable. En un momento dado describe a los mineros como “una colonia de hormigas humanas”. En otro lugar dice que:

Una explosión de seres humanos se agolpaba en el interior del enorme pozo de excavación, de al menos 150 metros de profundidad y 400 metros de ancho. Más de quince mil hombres y adolescentes martilleaban, paleaban y gritaban dentro del cráter, sin apenas espacio para moverse o respirar.

Una y otra vez, *Rojo Cobalto* niega a los congoleños la capacidad de forjar su propio futuro. Esto hace que el trabajo de Kara esté cargado de fatalismo e inevitabilidad:

Desde el momento en que Diego Cão introdujo a los europeos en el Kongo en 1482, el corazón de África se hizo colonia del mundo. Patrice Lumumba ofreció una fugaz oportunidad de un destino diferente, pero la maquinaria neocolonial de Occidente lo derribó y lo sustituyó por alguien que mantendría la extracción sus riquezas

A pesar de momentos de culpabilidad occidental como éste, en general la visión del mundo de Kara parece ser que Occidente es lo mejor. Relata una conversación en la que un investigador congoleño sugiere que la situación no mejorará a menos que las empresas sigan unas normas mínimas, “Igual que en Estados Unidos”. Kara prefiere dejar ahí la comparación en lugar de enfrentarse a ella. Sin embargo, la impunidad de las empresas no es un problema específico del Congo. Tampoco lo es el trabajo infantil, que también [existe en Estados Unidos](#).

Por otra parte, Kara se maravilla de lo diferente que parece todo tras regresar de la RDC, incluidas las verduras en el supermercado y los inodoros con cisterna. La dicotomía que crea mediante descripciones exageradas refuerza los antiguos [binarios](#) entre “desarrollados” y “subdesarrollados”, y no es de gran ayuda en un análisis de los efectos del capitalismo global.

Ética neocolonial

La cuestión más preocupante de *Rojo Cobalto* es, con diferencia, el desprecio de Kara por la [práctica ética de la investigación](#), sobre todo cuando se trata de proteger a los niños. En su libro, Kara describe un inquietante encuentro con una niña de unos ocho o nueve años. La estaba interrogando y la niña empezó a gritar al descubrir que era huérfana:

Mi traductor intentó calmar la situación, pero Aimée no paraba de gritar. No entendía qué había hecho para alterarla. ¿Era mi presencia la causa de su pánico? ¿Me había parado a pensar que yo podía representar una forma de violencia para una niña como ella, una confrontación forzada con el dolor?

El proceso de reflexión que describe Kara debería haber tenido lugar mucho antes de poner un pie en la RDC. Debería haber continuado a lo largo de la investigación, en parte consultando a organizaciones locales que trabajan con niños mineros. Pero si la descripción que hace de su propio examen de conciencia es correcta, no fue así.

Esta falta básica de reflexión ética y de rigor procedimental debería preocupar profundamente a cualquiera que haya respaldado o promovido el trabajo de Kara. Parece que realizó entrevistas a niños vulnerables sin el [consentimiento](#) de sus padres o tutores, sin el apoyo psicológico necesario y sin tener en cuenta la [relación riesgo-beneficio](#). A pesar de su declarada preocupación por prevenir y denunciar la explotación infantil, esto se parece mucho a la explotación infantil. Señala que:

No enviaríamos a los niños de Cupertino a buscar cobalto en pozos tóxicos, así que ¿por qué está permitido enviar a los niños del Congo? No aceptaríamos declaraciones de prensa generalizadas sobre el trato que reciben esos niños sin comprobarlo de forma independiente, así que ¿por qué no lo hacemos en el Congo? No trataríamos nuestras ciudades natales como vertederos tóxicos, así que ¿por qué lo permitimos en el Congo?

Nos gustaría añadir otra pregunta a su lista: “en Cupertino no aceptaríamos que se

investigara con niños y otros grupos vulnerables a menos que superara un estricto proceso de revisión ética y viniera acompañado de las más rigurosas prácticas de salvaguardia. Entonces, ¿por qué lo permitimos en el Congo?”.

Los exploradores europeos tienen fama de “descubrir” cosas que ya eran bien conocidas. Así es en gran medida como Kara aborda el Congo y el cobalto.

Otras infracciones éticas claras, como dar el nombre de pila de una persona y sus circunstancias, o especular sobre su estado serológico, son igualmente alarmantes. Los investigadores académicos dedican horas a redactar sus solicitudes éticas y suelen realizar nuevas revisiones para obtener finalmente la aprobación ética. Establecen protocolos para tratar con encuestados vulnerables y temas delicados, y se aseguran de que tanto el consentimiento como las disposiciones de confidencialidad se extiendan a todos los que participan en su investigación.

Es posible que Kara haya realizado parte de este trabajo, pero su libro no aporta ninguna prueba de que lo haya hecho. En todo caso, su sorpresa ante la angustia de los encuestados hace que parezca que es la primera vez que se plantea cuestiones éticas.

Ignorar las voces congoleñas

Parece probable que la clara búsqueda del “bien mayor” por parte de Rojo Cobalto haya facilitado que la gente haga la vista gorda ante estas cuestiones. El libro se ha vendido como una revelación, y como dice el propio Kara durante una [entrevista con Joe Rogan](#), “fui el primer forastero que se metió en esta mina”. Si todo esto fuera información nueva, entonces sería más fácil perdonar a Kara por intentar maximizar su impacto, aunque eso significara tomar uno o dos atajos. ¿Quién no aceptaría eso [“por el bien mayor”](#)?

Sin embargo, ese sentido de autoimportancia es una tergiversación fundamental del verdadero estado del conocimiento. Sólo demuestra una creencia en el propio marketing. En realidad, la mayor parte de *Rojo Cobalto* cubre temas sobre los que ya se ha escrito largo y tendido. El primer [informe](#) de alto perfil sobre el cobalto en el Congo fue publicado en 2016 por [Amnistía Internacional](#) y una organización congoleña, [Afrewatch](#). Desde entonces, no han dejado de aparecer [artículos](#) y [reportajes](#)

sobre el llamado “[lado oscuro](#)” de la fiebre por el cobalto congoleño, especialmente en lo que respecta a las condiciones, a menudo espeluznantes, en las que se extrae, incluso por parte de niños mineros.

Los exploradores europeos en África tienen fama de “descubrir” cosas que ya eran bien conocidas y documentadas por los africanos. Así es como Kara aborda el Congo y el cobalto. Hace borrón y cuenta nueva, pretendiendo haber descubierto cosas que ya eran bien conocidas. Su principal “contribución” consiste en volver a presentar las cosas dentro de un guion simplista y sensacionalista en relación con África y el Congo. En un momento en que muchos especialistas se esfuerzan por [descolonizar los conocimientos sobre África](#), el libro de Kara va exactamente en la dirección contraria. *Rojo Cobalto* representa la continuidad de la mentalidad, la mirada y la ética coloniales.

Irónicamente, un embajador congoleño en Estados Unidos le dijo directamente a Kara que debía dejar que la población local librara sus propias batallas. Según relata Kara, el embajador “no creía que debiera ser un extranjero quien defendiera los intereses de su pueblo. En su lugar, consideró que los congoleños debían hablar por sí mismos de lo que ocurría en su país, y me sugirió que si realmente quería ayudar, regresara y ayudara a los investigadores locales a hacerlo”.

Es un buen consejo, pero Kara no le hizo caso. Se ve obligado a arrojar luz personalmente sobre “una verdad más oscura”, que “no se puede desentrañar”. Una verdad sobre la que -debemos ser claros- ya han escrito y hablado abiertamente durante años organizaciones [congoleñas](#), [regionales](#) e [internacionales](#).

Nada de esto es benigno. Cegado en su búsqueda del bien mayor, está claro que Kara no ha reflexionado lo suficiente -o no ha visto como algo importante- las implicaciones de producir este tipo de libro. Asume que llamar la atención tendrá efectos positivos, pero el sensacionalismo de su relato podría tener consecuencias negativas.

Podría reforzar las imágenes desvalorizadas de los mineros artesanales, dificultar el acceso de los investigadores a las zonas mineras de cobalto y provocar un aumento de la seguridad para impedir que la información fluya desde las minas de cobalto. Kara es poco consciente de que los relatos simplistas y sensacionalistas dificultan la realización de buenas investigaciones en el futuro. La “concienciación” sobre problemas complejos no es siempre y automáticamente un resultado positivo.

Al terminar de leer este libro, nos quedamos con un pensamiento apremiante: Es evidente que Kara consiguió un buen acceso a los yacimientos mineros y a los entrevistados. Pero lo hizo saltándose las normas éticas que deberían existir para proteger a los grupos vulnerables, y a los niños en particular.

Irónicamente, existen estrechos paralelismos entre eso y romper las normas que tratan de impedir el comercio de cobalto poco ético. El libro de Kara, profundamente problemático, le sitúa en una categoría mucho más cercana a la de los compradores de cobalto sin escrúpulos de lo que probablemente le gustaría admitir. La mirada salvadora y colonial de *Cobalto Rojo* exacerba las percepciones globales negativas y sobre-generalizadas de los mineros artesanales congoleños y de la RDC, y silencia aún más las voces de académicos, activistas, ciudadanos y mineros congoleños.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Open democracy

Fecha de creación
2023/08/09